

SEMANARIO ANARQUISTA

Solicitada la franquicia postal en la Administración de Correos de la Habana.

Director: PABLO GUERRA. | Organo de la F. de G. A. de Cuba. | Correspondencia y Valores a: MANUEL FERRO.

AÑO. I. | Redacción y Administración: ZULUETA 37, (altos). | HABANA, SEPTIEMBRE 4 DE 1924. | Número suelto: 5 centavos. | NUM. 4.

DEL MOMENTO ELECTORAL

Estamos en pleno período electoral y si por esa capacidad de abstracción manifestada en ciertos individuos pretendiéramos siquiera por un momento que pasara desapercibido para nosotros, las continuas explosiones de bombas y voladores; los horrísonos estampidos de los cañoncitos; los repetidos mítines de barrio amenizados con músicas disonantes y encanalladas, más la profusión de retratos de los candidatos pegados en fachadas y paredes, nos traerían brevemente a la realidad sometiéndonos a lo que nos rodea y obligándonos a absorber toda la abyección que de estas disputas comiciales se desborda por toda la ciudad.

Nunca en la historia de Cuba, como nación libre e independiente, se ha visto una compra venta más vasta que la que se presencia en este período anti-electoral. Nunca como ahora, las ambiciones personales se han desatado de una manera más desvergonzada y cínica; ni el pudor, si este es posible que exista en el individuo que se dedica a la "política profesional", ha saltado, hecho pedazos tan estrepitosamente. Elementos políticos unidos por se separan y disgregan ante la fa idénticas aspiraciones partidaristas,cualquiera. Amigos de luengos año llida aspiración a un cargo electivos, se alejan y se malquistan a causa de no haber obtenido tal o cual ventaja en una determinada asamblea. Compinches, atados y obligados por ciertas fechorías realizadas en común, rompen toda comunión y aplicándose zancadillas propias de gente ruin, se alzan con armas y bagajes haciendo irrupción con la simbólica rama de olivo por delante, en los campamentos, hasta ayer hostilizados, del enemigo.

Y nunca como ahora puede ver el pueblo, el verdadero pueblo que va a las elecciones creyendo de buena fe que realiza una elevada y trascendental misión cívica, toda la trama, burda y grosera, donde se teje eso que se llama pomposamente por los que aspiran a vivir de la política, soberanía popular.

Mas no hay cuidado que el pueblo pare mientes en ello y mientras tanto, siguen los periódicos diarios insertando columnas y más columnas, detallando minuciosamente la labor que los distintos jefes de partido y candidatos a la presidencia realizan para sumarse adictos. Conjunciones, pactos, convenios e inteligencias, se llevan a cabo todos los días, a base no de programas o de comunes puntos de vista para la mejor marcha de la administración pública, sino a cambio de puestos en las candidaturas, de encasillamientos que el cuerpo electoral acatará y respetará sumisamente, por demandarlo así el interés de los señores que por sí y ante sí, se han elevado a la categoría de ídolos.

Para todo ciudadano pulcro y limpio de toda concupiscente idea de lucro o interés personal, debiera ser este espectáculo de lonja de dignidades, motivo suficiente para separarse asqueado de un medio tan sucio como el que presenta la lucha comicial de ahora.

Esto, en el supuesto de que su mente no haya sido tocada por las críticas, no ya que del modo de elegir mandatarios hemos hecho los anarquistas, sino de las que con insistencia y tenacidad crecientes, hacemos de la idea de gobernar a los hombres. Si llegasen a ser alcanzados por esta labor, creemos que la antipatía que pueda sentir por lo que a elecciones se refiera, se convertiría en enemiga franca y consciente contra la raíz que tales frutos produce y habríamos con ello ganado, un pensamiento y una acción más para luchar por que desaparezcan estos viejos cachivaches que tanto entretienen a los hombres y les hace ser los forjadores de las cadenas conque ellos mismos son atados y sujetados al poyo de la tiranía.

LA FICCION DEMOCRATICA

La democracia moderna tiene un proceso bien definido. Se inició en Europa con la Revolución Inglesa de 1642, se concretó en América con la guerra de independencia de los Estados Unidos en 1776 y tuvo su culminación en la Revolución Francesa de 1789. Esta última, por el período laborioso de su preparación, la resonancia universal de sus hechos y la influencia que tuvo en todos los órdenes de la vida, marcó definitivamente el advenimiento de la democracia como régimen político de los pueblos modernos. Es de señalar que si en cuanto a ideología la Revolución Francesa fué la obra de los enciclopedistas, éstos hallaron trillado el camino por el espíritu revolucionario latente en la masa popular, manifestado en múltiples actos de rebeldía, precursores del gran movimiento.

A partir de aquel magno acontecimiento, la democracia se fué imponiendo en el viejo y en el nuevo mundo. Hubo, desde luego, estacionamientos y retrocesos, que marcan una línea ondulante, pero siempre ascendente, hasta llegar al punto en que se considera la democracia como el sistema más apropiado para la gobernación de los pueblos.

La democracia moderna, dada la organización de los pueblos en grandes naciones, tiene que ejercerse en forma indirecta, esto es, por medio de delegaciones. Unicamente cuando el Estado se reducía a una ciudad, y no muy grande, como entre los antiguos griegos, podía ejercerse la democracia pura, reuniéndose a deliberar en la plaza pública todos los ciudadanos.

La democracia por delegación lleva en sí su propia debilidad. El Gobierno elegido jamás responde a la voluntad de la mayoría, siendo el resultado de las maquinaciones de los partidos políticos, dirigidos y mangoneados por minorías, que las más de las veces se reducen a meros grupos que hacen de la política su medio de vida.

Yerran los que achacan a las masas los males de la democracia, suponiendo que ellas son las que imponen el gobierno de los mediocres y los audaces. Basándose en tal falso argumento, proclaman la necesidad de confiar el Gobierno a minorías selectas, una especie de aristocracia de la **virtud**, de la **moralidad** y del **talento**—tres cosas que se dan muy poco entre los gobernantes, sean demócratas o autócratas—. El mal radica en la naturaleza misma del Gobierno, que indefectiblemente lleva a los hombres que lo ejercen al abuso de la autoridad en beneficio propio y de las minorías que los sostienen.

Las conquistas de la democracia han sido exclusivamente de orden político y en muchos casos nominales, por no practicarse en toda su pureza. Las principales son: derecho al voto de los hombres adultos, igualdad ante la ley, admisión de todos los ciudadanos en las funciones gubernativas, enseñanza gratuíta, libertad de palabra, de prensa, de asociación y de creencias religiosas. Estos derechos y libertades, además de no ser generales ni completos, están sujetos a limitación y aun a su completa negación en tiempos anormales, esto es, cuando estalla una guerra, una revolución, o simplemente cuando el Gobierno constituído lo considera pertinente a los fines de su conservación. La democracia está más en la letra de las constituciones que en los hechos. En muchos países, los cuerpos que asumen, por delegación, el Gobierno, aumentan de manera tal las leyes prohibitivas o restrictivas, que en realidad la libertad resulta un mito. Por otra parte, el régimen democrático ha dado origen a los profesionales de la política, pero no en el sentido de la mayor capacidad, por especializarse en la función, sino por propia ambición, afán de encumbramiento, poder y riqueza.

Lo fundamental en la democracia es el reconocer en todo ser humano su derecho a intervenir en la dirección de los asuntos públicos, sin distinción de rangos ni de clases. Ese reconocimiento implica igualdad de derechos y libertad personal. Pero todo esto es pura teoría. En la práctica, la intervención de todos los seres humanos adultos es más aparente que real. Se niega el voto a la mujer, que constituye la mitad de la población; para la elección de los que por delegación han de intervenir en el gobierno, se recurre a un sistema de partidos dominados por los pequeños grupos de profesionales políticos, que imponen los candidatos, no quedando a la masa electoral más recurso que votar a los así nominados o abstenerse; dada la actual organización social, por la que la sociedad está fundamentalmente dividida en poseedores de la riqueza y en asalariados, éstos se hallan en condiciones de inferioridad manifiesta, resultando una ficción la igualdad de derechos. Agreguemos a esto, que son hechos generales, los que resultan de la coacción, la compra de votos y la adulteración del sufragio.

Las actuales democracias no han dado satisfacción a los anhelos de bienestar y libertad que es el ideal latente de los pueblos a través de todas las edades. La distinción de rangos y clases continúa marcada, dominando hoy la aristocracia del dinero como antes dominaba la de la sangre, que era poseedora de la riqueza. Los mismos recortados derechos y libertades que tanto costaron conquistar, son anulados por el poder creciente de la plutocracia, que con su oro adquiere poder y honores, corrompe conciencias, tuerce la justicia y falsea la opinión pública.

Palmiro de Lidia.

(o)

EL FANATISMO!

Son necesarios los fanáticos, han hecho siempre algo.

Un Teosofista.

¡Es verdad! Es una verdad evidente a todas luces, que, cuando se hizo algo, fueran los fanáticos los que lo hicieron. Otra verdad, empero, que ni los fanáticos podrán negar, es que todo lo que los fanáticos hicieron de bien, lo han vuelto a deshacer.

Las demostraciones de esta segunda verdad son infinitas y se pueden recoger en todos los campos de la actividad humana. Basta echar una mirada a la historia para convencerse.

El fanatismo lo constituyen las fuerzas incontrolables y transportables de todo movimiento. Esas fuerzas se pueden parangonar con las aguas de un río en crecida, el cual se sale de su lecho. Sus fuerzas se han acrecentado a tal punto, que ya no le bastan los límites por donde podrían seguir su camino natural e ir a fecundar los campos. El tiene que expandirse, de cualquier modo, y obra mucho, pero lo que hace son desastres.

A nada más han conducido todo movimiento los fanáticos. Veamos un poco.

Surge el cristianismo como reacción a la depravación y al abuso de poder del imperio romano. Sus armas de acción son la bondad, el amor. El es demasiado pequeño y débil para atreverse a otras cosas. El imperio romano es minado; al fin, destruído. El cristianismo se sienta en su lugar y surge el catolicismo. Fué una obra tenaz la del cristianismo, realizada con una buena dosis de fanatismo. Con el poder, ese fanatismo se vuelve locura y criminalidad, y, su sed de dominio, no conoce más límites que los que la naturaleza le impone, pues todos los medios de tortura fueron inventados para suprimir a los enemigos de la nueva doctrina triunfante. Torquemada fué la figura más representativa de este fanatismo, aunque ha habido también más criminales que él.

El cristianismo triunfó en el catolicismo, pero ya había renegado de los principios que estaban en su base.

La reforma religiosa surgió en contra de la corrupción católica, y los fanáticos condujeron este movimiento muy pronto al mismo nivel del catolicismo.

A la hora actual, las nuevas sectas religiosas son bastante numerosas. Ellas son muy modestas y muy morales todavía, porque son pequeñitas, muy pequeñitas y el fanatismo muerde el lazo, pero tiene que mantenerse quietecito; esperad que tomen fuerza y los fanáticos las conducirán al mismo nivel de violencia y de corrupción de sus predecesores.

En el campo político, tenemos poco más o menos la misma cosa. Mirad la gran revolución francesa. Todas las grandes conquistas que se consiguieron con la destrucción de la monarquía absoluta, fueron después perdidas por la obra de los fanáticos, que por querer absolutamente el triunfo de su fracción con exclusión de los demás, acabaron por cortarse la cabeza los unos a los otros, limpiando así el terreno para el advenimiento del bonapartismo, que no era mejor que su predecesor.

Y ahí tenéis a la revolución rusa, obra colosal de una gran parte del pueblo ruso, aportamiento de diferentes partidos y escuelas y de elementos sin partido alguno, dominada ahora por un puñado de fanáticos, que para ser los exclusivos dominadores de ella, han destruído ya una gran parte de las conquistas hechas en el primer período de la revolución, y las que todavía perduran, las están destruyendo también.

Los fanáticos no han dado mejores resultados en los movimientos obreros, pues en ellos también han rendido muy pésimo servicio a la causa que decían representar y defender. Para lo poco que hicieron de bueno, ¡de cuánto mal pueden ser tenidos por responsables los fanáticos!

Fanatismo y cinismo son las escuelas del abuso; bien que partiendo de puntos diametralmente opuestos, pues el primero es la doctrina empujada hacia su extremo, mientras el segundo es la ausencia de toda doctrina y de todo principio moral. Ellos convergen a un mismo punto: a la persecución para el dominio político o moral.

Fanatismo es negación de la libertad ajena. Cada fanático es un dictador en busca de poder, no importa la especie. Cada fanático es un violento y un negador de toda razón que no sea la suya propia. El no puede tolerar a nadie que no marche a su cola. En el fondo el fanático no es más que un pobre hombre esclavo de sus propias alucinaciones.

Los fanáticos de todos los tiempos y de todas las doctrinas han conseguido siempre lo siguiente, como resultado de sus luchas: que los hombres de razón hubieran acabado por tener asco de la causa por la cual ellos decían y dicen luchar, si los principios fueran verdaderamente como los tales les interpretaban.

BRAND.

(o)

El día 6, sábado, a las 8 p. m., se celebrará en el salón de conferencias de la Universidad, un "meeting" de protesta contra el fascismo.

Asistir es un deber.

¿HEREJIAS?

I

Los temperamentos adamantinos —"Firmeza y Luz"—apártanse de toda complicidad, desafían la opinión ajena si con ello han de salvar la propia, declinan todo bien mundano que requiera una abdicación, entregan su vida misma antes que traicionar sus ideales. Van rectos, solos, sin contaminarse en facciones, convertidos en viviente protesta contra todo abellacamiento o servilismo. Las sombras vanidosas se mancomunan para disculparse en el número, rehuyendo las íntimas sanciones de la conciencia; domesticadas, son incapaces de gestos viriles, fáltales coraje. La dignidad implica valor moral.

José Ingenieros.

¿Matar para vencer? Enseñar para convencer.

¿A quién? ¿Al adversario que no quiere convencerse? El adversario interesado en no dejarse convencer, por aquello de que no hay manera de hacer entrar en razón al que ha adoptado una opinión ajustada a sus particulares intereses, es realmente una minoría. Si tiene fuerza para vencer al proletariado militante organizado, es porque tiene a su lado, dispuesto a defenderle su presunto derecho, un ejército de inconscientes obreros que nacen en nuestras filas. Quitadle con vuestras propagandas educadoras este ejército y no tendreis necesidad de acudir constantemente a la violencia para vencerle. Os mata vuestra propia inconsciencia. He visto a bastantes hijos de anarquistas ir a misa, señal de que no supieron ser profetas en su hogar. El hijo de Pallás sentó plaza en el ejército. Pistoleros ex-sindicalistas hay alistados en la legión africana. Patronos hay que fueron obreros rebeldes y muy violentos. Perfectos vividores que se llaman comunistas no faltan por ahí. Y así por el estilo, inconsecuencias de la inconsciencia o de la granujería que imita al adversario.

¿Que no es posible convencer a todo este ejército de esclavos que da la fuerza a la minoría burguesa que le ordena aplastarnos? Entonces, ¿creeis inútil la propaganda? Una idea es superior a un arma, aunque ésta parezca avasalladora de momento. ¿No es, acaso, una fuerza también? El ideal vivifica, el puñal mata.

¿Lento, demasiado lento este procedimiento proselítico? Indudablemente, pero no hay otro más seguro. Vencer de momento no es asegurar el porvenir.

Además, ¿qué valor tiene vuestro argumento accional si le dais origen y base en una impaciencia, que no es ninguna razón? Tened la paciencia y la perseverancia de la gota de agua que horada la peña y vuestra minoría se convertirá en mayoría. Vendrá un momento en que el adversario se quedará casi desarmado. La fuerza actual se habrá trasladado, desplazado, puesto a vuestro lado. Habréis creado una corriente de opinión avasalladora y destruído otra, y entonces no requerirá de vosotros tanto esfuerzo el derrumbe del viejo edificio social.

¿Que hay que imponerse para no ser aplastados? Imposición no es rebelión. Si erigís la imposición en suprema ley, acatadla en vuestro adversario. Sed lógicos y reconoced que un ideal no puede tener dos pesos y dos medidas diferentes. Y menos un ideal de emancipación que reprocha precisamente esto al que le cierra el paso con la violencia.

¿Solamente en propia defensa? Muy bien, es legítima, pero entonces no ataqueis sistemática y constantemente, como si esto formara parte de un cuerpo de doctrina, porque significais que no teneis más anhelo que el de quedar encima. ¿O es que quereis imitar a vuestro adversario? ¿Teneis, pues, una mentalidad igual? Hay varios modos y maneras de defenderse. Una idea da la vuelta al mundo. Una bala de cañón no la dará nunca. Aquélla es, por lo tanto, superior a ésta. ¿Veis dónde está la verdadera fuerza? No os dejeis deslumbrar por el rayo que sólo ilumina por unos momentos el espacio. Llenad el mundo de ideas y la claridad hará destacar vuestros derechos. Pensad una cosa: que sois una minoría de socialistas a un lado, y aún no del todo consciente; de otro una mayoría burguesa-obrera, y que no podréis jamás matarla a toda.

¿Queréis renovar, rehacer, transformar el mundo? Entonces, no queráis ser tan destructores. Porque vuestra acción edificaría sobre arena, peor aún, sobre un cementerio. Edificad sobre los corazones y los cerebros. Esto es lo sólido y lo duradero; lo otro es accidental y muy transitorio. También puede hacer esclavos, nuevos esclavos. Hoy, de unos, mañana, de otros; no haríais una transformación social.

No dejarse abofetear no es lo mismo que abofetear. Hay más inteligencia en saber sujetar y paralizar la mano que os amenaza, que en levantar la propia. Esto requiere un simple impulso, aquello es todo una teoría.

¿Moral de esclavo resignado? De ningún modo. El proselitismo tenaz y continuo de una ínfima minoría, es una reacción contra la resignación de la mayoría. La ley del Talión, en cambio, es un sentimiento viejo, judaico, que llegó a nosotros vehiculado, a través del tiempo, por el cristianismo.

¿Que no siempre es posible prescindir de la violencia? De acuerdo, la bestia acorralada también muerde, pero el hombre actual no es ya la bestia ancestral que enseñaba constantemente los colmillos. El cerebro puede encontrar armas mejores. Precisamente, el cerebro de vuestro adversario ha sabido hallar los necesarios para imperar sobre vosotros. Observad cómo le creen y obedecen los siervos que os vencen.

Matad el espíritu de creencia y de obediencia si queréis aquel desplazamiento de fuerza de que os hablé antes.

¿Cómo? ¿No sabéis cómo, impacientes? ¡Qué pronto habéis acabado los recursos y los argumentos! Os asemejáis a los militaristas, que prontamente cortan el nudo gordiano a sablazos...

¿Que únicamente quereis llamar la atención de la múltitud sobre vuestro ideal? ¡Bien, pero pensad, repito, que este ideal es la finalidad, lo otro simple medio. No troquéis los polos, no confundais magnesia con gimnasia.

Una sociedad caduca puede vegetar siglos con ideas viejas, pero una sociedad nueva necesita, para que tenga el porvenir asegurado, una abundancia tal de ideas nuevas en los cerebros de los que, peones o arquitectos, tengan que construirla, que su abundancia parezca un aluvión. El Nilo, cuando se desborda, asegura, con sus limos, la cosecha de los ribereños habitantes. Un ideal, para ser viable cuando nace, necesita esparcer el limo de las ideas, una profusión de ideas, un desbordamiento de ideas. Sacad la consecuencia. El miedo, en cambio, hijo de la obediencia, hará obedecer a los esclavos, pero no les redimirá de sus ignorancias. Y el mundo está lleno de ellas. Y retoñan a pesar de las podas revolucionarias.

Dad cuantos aldabonazos queráis, si así place a vuestra impulsividad, pero dadlos en la puerta y no en el muro. Correríais el riesgo de quebraros la cabeza y no abriríais la puerta. Se necesita la llave. Forjad ésta con el cerebro y tenedla siempre en el bolsillo. Y no os embarulléis para abrir, que también se pierde tiempo queriendo ir aprisa. Los italianos tienen un refrán que traducido dice: el que va despacio va lejos y llega sano. La difusión de todo ideal requiere algo de esto, que no por mucho madrugar amanece más temprano.

¿Que así también, tan callando, puede veniros la muerte y no dejaros ver la obra comenzada? Primero nace el padre, viene luego el hijo, después el nieto y más tarde el tataranieto. Es ley de la evolución y, ¡qué le haremos!

¿Revolución? Archibién, porque es una modalidad de la evolución. Hacedla primera en los cerebros y lo demás vendrá por añadidura. ¿Que todo es uno y lo mismo? No estoy muy seguro de ello, pero sí estoy muy seguro de que una idea da la vuelta al mundo y una bala de cañón, aunque derribe todos los hombres y destruya todos los edificios que se le pongan por delante, no puede darla. Y no obstante, ya veis, aquélla anda despacio y ésta de prisa.

No hagamos como el salvaje que muerde la piedra con que tropieza todos los días por no cambiarla de sitio. La minúscula gota de agua la disgrega tan guapamente con mayor seguridad. Todo requiere su tiempo. Lo esencial estriba en no interrumpir nunca la marcha, que las ideas caminan con los zapatos de los vivientes y no con los de los cadáveres.

No recuerdo qué escritor burgués decía una vez, refiriéndose a la inutilidad de las represiones gubernamentales, que tenía más fuerza un sólo ejemplar de **"La Conquista del Pan"**, de Kropotkin, que todas las cargas de caballería que pudiera ordenar el gobierno. Lo mismo digo. Andando los años he visto una cosa: que en mi juventud éramos pocos, y en fuerza de papel impreso, vamos siendo más a cada año que pasa. Es aquel desplazamiento de fuerza numérica a que me referí al principio.

Casi siempre son los jóvenes los que se impacientan por no poder llegar en seguida. Perdona, ¡oh juventud!, que este viejo contradiga un poco tu unilateralidad de miras. Mi contradicción no lleva más propósito que el señalado de dar una primordialidad a la intensificación de la propaganda.

FORWARD.

NOTA.—Con el presente capítulo damos comienzo a la publicación del último folleto escrito por nuestro camarada José Prat.

Inútil consideramos el encomiarlo, puesto que no se trata de un autor desconocido para los que se han interesado poco o mucho en nuestras luchas.

Solamente nos permitiremos recomendar a todos los compañeros que lean capítulo por capítulo con la debida atención, toda vez que en estos trabajos se exponen cuestiones de mucho interés para todos nosotros.

(o)

Anarquía y Fascismo

Es increíble el destrozo que se hizo de la libertad, de la vida, de la dignidad de los seres humanos, por obra de otros seres humanos. Y es humillante para el que siente la común humanidad que liga a todos los hombres, buenos y malos, pensar que todas las infamias cometidas no han producido en la multitud un sentimiento adecuado de rebelión, de horror, de disgusto. Es humillante para la naturaleza humana la posibilidad de tanta ferocidad y de tanta villanía. Es humillante que hombres que llegaron al poder sólo porque, privados de todo escrúpulo moral o intelectual, han sabido aprovechar el buen momento para extorsionar a una burguesía tremebunda, puedan hallar el asentimiento, aunque sea por una aberración pasajera, de un número suficiente de gentes para imponer a todo el país, la propia tiranía.

Por eso la lucha que esperamos e invocamos, debe ser ante todo una lucha moral: la valorización de la libertad y de la dignidad humana. Debe ser la condena del fascismo, no sólo como un hecho político y económico, sino también y sobre todo como un fenómeno de criminalidad, como la explosión de un grano purulento que estaba formándose y madurando en el cuerpo enfermo del organismo social.

Enrique MALATESTA.

REPLICA

No hay que perderse en laberínticas disquisiciones apartándose del punto que motiva esta polémica. Se trata simplemente de demostrar la superioridad de los Sindicatos a base de ramos e industrias como instrumento revolucionario y como factor ideológico obrando directamente sobre los productores.

Lo que descubriera Colón importa poco, ya que él no "descubrió" la existencia del problema social, por ser anterior a él, desde el momento en que un hombre arrebató por la violencia a otro el producto de su trabajo.

Hechos y no palabras es lo que quiere el Sr. Zoilo que se reporten, para convencerle de esa superioridad de que hablo. La pretensión, el deseo, es un tanto difícil de demostrar por cuanto que no es posible hacerlo de una forma experimental, por no permitirlo la constitución misma de las sociedades gremiales. Así pues, nos atendremos a demostrarlo teóricamente, teniendo en cuenta el carácter, rasgos psicológicos, usos, costumbres, etc., del proletariado de Cuba.

Para estudiar los rasgos psicológicos de los trabajadores de la Habana, así como el ritmo que la organización obrera lleva, no es preciso vivir cien años y después de este tiempo seguir ignorando el carácter, tendencias, gustos, éticas y moral de los mismos.

El elemento trabajador de la Habana, podemos decir de Cuba, es en su mayoría emigrado de otros pueblos, predominando entre todos el español y entre éstos la región gallaica, es la que mayor contingente dá a la inmigración a esta Isla. En su mayoría emigran empujados por la miseria, o atraídos por el brillo del oro, con la esperanza de manumitirse de la miseria, de poseer algo que les redima de su situación deprimente. Esperan amontonar unos cientos de pesos a fuerza de privaciones, realizando un trabajo penoso, que otros rechazan por inhumano, (véase en la forma que se recluta a los braceros campesinos a su llegada a Cuba, impidiendo su desembarque mientras una persona o empresa no les garantice, prestándose estas combinaciones al abuso encanallado de agentes y empresas explotadoras, contratando por un precio irrisorio trabajo) con la esperanza de retornar al pueblo de origen, establecerse o ser arrendatario de un pedazo de tierra.

De elementos de tan distintos caracteres, de tan extrañas inclinaciones, de rasgos tan diversos se nutre la organización obrera de la isla.

La organización obrera es producto de la explotación capitalista, de su actuación así como de la del Estado. Cuando el Estado y el Capitalismo dejen de ser lo que hoy son, sostenedores del privilegio, la organización obrera dejará de existir, pues su función carecerá de interés por no tener con quien enfrentarse y por haber sido resuelto el problema social en su base.

Mientras el Capital y el Estado sean factores decisivos en la vida de los pueblos; mientras la autoridad coaccione y el capitalista usurpe, la riqueza social, la organización de los trabajadores es una consecuencia inevitable, no solamente para sustraerse a la explotación, sino para destruir la autoridad.

Sentada esta premisa, examinaré las formas de organización que más conviene aceptar, así como la ideología que dé caracter a esta misma organización.

¿Cuál es el coeficiente revolucionario e ideológico de las organizaciones gremiales? Examinado atentamente—a las de aquí me refiero—ninguno.

Su forma orgánica es algo incongruente. Carecen de una base sólida. Son un compuesto gregario. Los poderes residen en un solo individuo, cuya actuación siempre resulta nefasta al resto de los individuos.

No existe un principio que sirva de base para un desenvolvimiento; así resulta que el criterio personal de un presidente llega a imponerse como solución infalible.

La intriga, "capillita" de los incondicionales del elevado al cargo de presidente, reune todo el interés toda actividad del gremio. Esta es la característica que, en general, presenta la organización de la Habana.

De no ser así, ¿cómo iba a ser posible que un Sindicato, el de "Havana Electric", que se dice revolucionario, antipolítico, adherido a una federación que tiene declarado que va hacia la destrucción del capitalismo, etc., cómo es posible que éste realice una labor negativa a los mismos principios que dice sustentar, que acepta la colaboración de clases, empleando los fondos sociales en acciones de una empresa explotadora de ellos mismos? Esto es posible, sucederá, mientras la organización no tenga una orientación bien definida.

Se me dirá que las circunstancias y mil motivos más impusieron la necesidad de salvar los fondos sociales. Pero si bien es cierto que en aquella fecha podía disculparse, y tampoco, esa actuación, hoy no la tiene. Es más, antes que perder el carácter de organización de lucha anticapitalista y estatal, es preferible perder los fondos sociales.

¿Quién ha protestado de esa conculcación, de esa transgresión táctica? Nadie. Pues se sigue practicando la colaboración con el mayor desenfado, sin rectificar conductas.

Pero dejemos estos detalles para entrar en el fondo de lo que tratamos.

La organización de la Habana se encuentra dividida profundamente y los cuadros sindicales que superviven a esta división, están deshechos, todo ello por la falta de un ideal que señale una trayectoria, que marque una pauta, por defecto de la misma organización.

Los gremios fueron siempre semilleros de discordias y realizaron una labor solidaria muy limitada, cuando no nula. No conciben, y apenas reconocen otros intereses que los del gremio. Las luchas, circunscribiéndose a un número limitado, como lo son los componentes de un gremio, apenas si llegan a ser conocidas y observadas con interés por los demás trabajadores, y regularmente fracasan por falta de apoyo y desarrollarse ante la general indiferencia.

En sucesivos artículos trataremos estos aspectos más ampliamente.

Paulino DIEZ.

(o)

CUENTO

EL ULTIMO SALARIO

El viejo obrero temblaba. Caminaba absorto con el esqueleto de su pensamiento triste y sombrío, por la encrucijada que conducía a la rambla de la mina. ¡La mina! Añoraba. Rememoraba. Aquellos días de su juventud fornida, aquellas palmaditas en el lomo de bestia halagada y ensalzada por el vampiro del burgués, cuando pasaba por ser el mejor caballista, después uno de los mejores picadores de carbón y más tarde... nada, o casi nada.

Cuarenta años de servidumbre mansa, callada. Sin una protesta, sin una indignación, sin una rebeldía redentora. Nada, absolutamente nada. A la mina voy y de la mina vengo. Así un día y otro, un año y otro; así toda una vida de silencio y acallamiento; como el forzado camina a la galera y empuñaba el remo maldito del castigo.

Y no es que allí no llegase la voz redentora de la verdad. Había habido propaganda, mucha propaganda. Entre aquellos valles sonoros y floridos, de un verde vitiminoso, de un verde enlutado por el manto del polvo de la antracita; había sonado el clamor de las injusticias, de los dolores y de las miserias, que los trabajadores pasaban en el interior de sus zahurdas, siempre sombrías, siempre dolientes.

Y aquellos sus hermanos de infortunios, en el centro, en la plaza y

en la calle; le habían expuesto una y mil veces las ventajas de la organización. Pero él se mantenía sordo a aquellos clamores, como si en su cloaca corriese el mar de la abundancia.

Y un día vino la huelga. El movimiento había estallado. Para asustar a los pusilánimes y engañar a los cobardes y desacreditar a los luchadores, los fieles mastines de la empresa habían comenzado el truco de engaños, mentiras e infamias, conque solían querer disgregar la unificación de la clase trabajadora. Y nada, el grupo permanecía compacto, unido, fortificado. El espíritu de combate crecía, a medida que aquellas gentes truhanescas, aquellos mandatarios de los amos, lanzaban su baba inmunda sobre la honradez y el valor de los hermanos que dirigían el movimiento.

Primero se dió la voz que el tesorero de huelga se había fugado con los cuartos de la solidaridad, más tarde que la comisión se había vendido y había traicionado el movimiento; después, que habían acudido al tajo, muchos solicitando volver al trabajo. Y todos estos trucos y otros se estrellaban contra la tenacidad de los huelguistas.

Y pasaban los días y las semanas y la empresa no pudiendo abatir los baluartes tras los cuales luchaba la clase trabajadora, recurrió a llenar de plomo aquellos estómagos vacíos de pan.

Y hubo una cruel masacre. Unos rindieron con su vida el tributo a sus ideas y otros heridos, maltrechos, fueron a ser las rojas mariposas que aleteaban las salas de un hospital de sangre, lleno de heridos, repleto de carne masacrada.

Y el atleta, de biceps de oso, reía brutalmente, imbecilmente; creyendo que el filón de sus puños sería interminable. Se le pasaban los meses, los años. Un día recibió la orden de abandonar el pico, aquel pico de hierro que tantos miles y miles de toneladas de carbón había arrancado en la treintena de años que fuera picador.

En la rambla que cuidaba del carbón amontonado, se aburría. Aquel cambio brusco, aquella inamovilidad a que le había condenado el nuevo empleo, le tenía alelado.

Y enfermó. Y cayó sobre el camastro, derrengado, crugiendo su osamenta y con sus nervios flacios, fofos, sin casi energía. La primera quincena recibió el salario íntegro, la segunda la mitad, la tercera y la cuarta nada... Y aún se revolvía en el lecho esperanzado y aún disculpaba el gran crimen de abandono en que le tenían los burgueses; con frases de una estúpida resignación que olía a mansedumbre que apestaba. Más tarde y cuando convaleciente quiso dar un vistazo al tajo, encontró en su puesto otro obrero. Recurrió a la oficina. Buenas palabras, la más refinada hipocresía hecha consolación. Promesas de un mañana lejano. Los hijos de aquella corneja que fué dueña de la mina, ni le recordaron, ni para nada le tuvieron en cuenta su adhesión incondicional en los días de agitación.

Y llegó la noticia fría, escueta, acerada, cruel. Y era una mañana nevada, blanca, nívida, de una nividez algo parduzca por el reflejo que el ampor hacía en el negro de la turba.

Y fué despedido y le dieron un duro de limosna. ¡Una limosna!

Vino a su mente su hogar sin pan y sin lumbre. Y cuando caminaba de regreso a su zahurda, un auto le llenó de barro y cuasi le atropello. En él iban raudales y triunfadores los hijos del amo que él ayudó a enriquecerse. Y ahora recordaba las palabras de aquel compañero de trabajo que cayó bajo las balas homicidas de los esbirros mandados por el burgués, para reprimir las rebeldías de sus siervos.

Sí, sí; rememoraba. Aquel otro muchachote que un día él se acercó a reconvenirle cuando traicionaba el movimiento, la causa de los suyos, convirtiéndose en el lebrel, fiel y favorito del amo y que él hirió de un garrotazo, venía a su mente acusador y lleno de remordimiento.

Recordaba el más mínimo detalle de aquella agresión que hizo al hermano de penalidades. "Escucha Ramón. Hoy eres fuerte, el burgués te mima, te halaga; como mima y halaga uno de los perros de la jauría que le divierte. Sé razonable, no seas tonto y te dejes seducir por las caricias burguesas. Son el llanto del cocodrilo, que gime para atraer a su víctima y después devorarla. Hoy eres fuerte, y aun tus brazos como los míos, pueden servir para llenarles los arcones de oro con el producto de su esfuerzo, pero mañana, mañana que no podamos con el pico, que seamos viejos, nos darán una patada y nuestros puestos serán cubiertos por otros más fuertes. Y seremos reemplazados y echados a la calle y no tendremos más que el derecho del gemido, de la desolación del hambre, del abandono. Porque seremos abandonados e inspiraremos verdadera lástima a los nuestros, donde tal vez encontremos pan y calor, ya que ellos, les inspiraremos menos atención, muchísimo menos atención que la que les inspira la máquina inservible por desgaste; porque el reemplazar la máquina de acero, supone un desembolso de equis pesetas y el reemplazar un obrero débil por otro fuerte, nada. Ya ves la máquina-acero valorada más que la máquina-brazo en el desorden ético presente."

Tenía razón. Tarde, mal y casi nunca, impera la razón.

Y cuando llegó a su casa y la compañera, vieja ya como él, en el gemido doloroso le pregunta —¿Nada?

Nada, responde él maquinalmente, pero esa nada es la terrible perspectiva de un futuro lleno de sombras, de escaseces, de miserias. Y lloran los dos ante el duro de limosna, arrojado por el amo, como arroja al perro callejero el hueso, después de haberse comido la carne. Es su llanto el pleno estertor de la impotencia, que permite el robo airado del trabajo al productor.

Juan EXPOSITO.

El Anarquismo y los Intelectuales

Con este título ha publicado en el número pasado un artículo el camarada **Alone**, en el que expone, a su juicio, cuáles son las causas de la escasez de intelectuales en el campo anarquista.

Como las causas determinantes de esta orfandad, no son, en mi opinión, sólo las que él enumera, quiero a mi vez, exponer las que yo creo más fundamentales.

Para nadie es un secreto que al campo anarquista han emergido muchos individuos intelectuales, que han dado prestigio y propagado las ideas, con su vida ejemplar, su pureza de sentimientos y su gran desinterés.

Pero no es menos cierto que entre esos muchos intelectuales hanse "colado" no pocos que habrán sido todo lo intelectuales que se quiera, pero no han amado el ideal que preconizaban, ni se hallaban animados del desinterés tan necesario a las ideas.

No es nuestro partido, por su intolerancia, como piensa el camarada **Alone**, el causante de la deserción o alejamiento de muchos intelectuales. Son los principios que informan las ideas anarquistas, y que estos individuos aceptaron libremente, los que imponen esa moral, que no es estrecha, puesto que sólo exige al individuo todo aquello que dependa o esté al alcance de su voluntad.

Es su ejecutoria en conformidad con los principios que sustenta la que prestigia y avalora al individuo.

Moralmente cada cual ocupa el lugar que por sus actos le corresponde.

Mayor elasticidad para que haga su propia vida no se puede pedir.

Todos los intelectuales que por cansancio, producto de la constante vigilia, hánse retirado de la propaganda activa, conservan el prestigio que por su ejecutoria de ayer y de hoy merecieron.

No así los que, tanto militando en el anarquismo, como hoy bajo otras banderas, su conducta ha dejado mucho que desear.

El ser intelectual en nuestro campo no da derecho a tener una moral distinta de los que no lo son.

"El eje de la vida y del ideal es la moral del individuo—intelectual o no—como alguien ha dicho, porque a ella irán a estrellarse calumnias y antipatías, y de ellas habrá de salir el mejoramiento de la personalidad y de la idealidad."

Ahí están para probar esta verdad, las vidas de Malatesta, Fabbri, Mella, Prat y otros, que militantes o no, por su ejecutoria moral, tienen la consideración y respeto de propios y extraños.

Por otra parte, si los intelectuales no se acercan al anarquismo, en el número que se desea, la razón es bien sencilla: El anarquismo no da presentemente, facilidades ni otorga bienestar material alguno.

Hoy, tanto los intelectuales como los que no lo son, en su mayoría, están dominados por "el sentido práctico" tan en moda. A la búsqueda de las satisfacciones materiales, aún en detrimento de la conciencia, encaminan todos sus esfuerzos. Y no es el anarquismo quien puede proporcionarles esa clase de satisfacciones.

Esos individuos militantes que a medida que se intelectualizan se alejan del militantismo—muchos hasta de las ideas—no se alejan, salvo excepciones—para superarse, sino por que no hallan en este campo ambiente apropiado para satisfacer aspiraciones no espirituales y sí mezquinas.

Estos neo-intelectuales, que se lo llaman a sí mismos, porque escribieron dos artículos o dijeron cuatro frases en una tribuna, son los que, como dice Garcilán, tiene siempre en los labios la palabra sacrificio.

"Yo, que he sacrificado a mi familia. Yo que he sacrificado mis intereses. Yo que lo he sacrificado todo; se escucha a cada paso, ¡Mentira! hay que gritarles con ímpetu. Ninguna fuerza humana os habría hecho ir a tales sacrificios. Si es verdad que habéis ido a ellos, ha sido impulsado por propia voluntad, por algo íntimo que os decía que allí había oculto un placer para vuestro temperamento, para vuestra sensibilidad, hasta para vuestra carne".

"Si hoy proclamáis vuestro sacrificio es porque el placer no respondió a vuestras esperanzas..."

La retirada de muchos camaradas intelectuales de limpia historia del militantismo, la ha determinado, las más de las veces, la conducta inmoral de los judas vestidos con el traje del intelectualismo. Judas que, aprovechándose de la confianza y buena fe depositada en ellos, arrastraron a muchos de nuestro partido por el camino del error.

En fin, yo creo, que otra de las razones del alejamiento de esa clase de individuos intelectuales, unos y otros que se figuran serlo, es que el concepto anarquista va penetrando con mayor claridad en todos y cada uno de los anarquistas no intelectuales.

Vamos obteniendo un criterio más independiente, vamos manifestando una mayor autonomía en todas las cuestiones. Como consecuencia de esto se va haciendo difícil el pastoreo.

Hoy, en mi concepto, el anarquista actúa más en anarquismo. Ha llegado a comprender que no basta llamárselo, sino que precisa actuar en anarquismo. Superándose constantemente, tratando en todo lo posible de bastarse a sí mismo para llegar a ser de hecho su Dios y su Rey.

En cuanto a la repugnancia que experimentan los intelectuales a las condiciones de esclavitud en que se debate el obrero, no creo que esa repugnancia, para sentirla, sea necesario ser intelectual. Son muchos los trabajadores del músculo los que también la sienten.

Para mí, tanta tortura y esclavitud hay en las condiciones del trabajo del obrero, como en las del intelectual que, para sostener su vida ha de ocultar los gritos de su conciencia, amordazar su pensamiento. Esclavos unos por el cuerpo, esclavos los otros en su pensamiento.

Vida por vida, ninguna merece llamársela.

BONNAIRE.

(o)

ECOS

LO QUE NO TIENE DISCULPAS

No tiene disculpa la frivolidad. Sea cualquiera la finalidad que persiga un hombre, o un grupo, o una colectividad, la frivolidad en sus propagandas es indisculpable.

Sea cual sea el objetivo, y por grande que sea, la frivolidad lo rebaja, le quita importancia, disminuye hasta lo increíble su categoría. Una frase frívola es la cosa más desesperante que sea dado concebir. Un hombre puede dirigirse hacia las finalidades más disparatadas y absurdas y merecerá atención, con tal de que no sea frívolo.

Poner pasión y entusiasmo en lo que se defiende, dejarse en ello girones de vida, es, no un sacrificio, sino un placer. En el fondo de toda tarea no hay nada más que una busca de placer. El sacrificio, palabra de la que tanto se ha abusado, no es tal sacrificio, por lo menos en el sentido que se ha dado a esta palabra. Era también un placer. Hasta cuando para ojos poco capaces de visión lejana, pareciera un tormento. Hay placer más allá del placer.

Que hombres realmente incapaces de ningún trabajo, ni bueno ni malo, en cuanto dan un paso hablen de sacrificio, es una frivolidad. Frivolidad es insinceridad y mentira. Un hombre frívolo miente siempre. Miente al hablar de sentimientos, miente cuando habla de pasiones, miente cuando habla de ideales. Todo es en él mentira.

No se habla de sacrificio cuando se hace una cosa por impulso espontáneo del temperamento. Si cuesta un sacrificio es que no se siente lo que se hace. Luego es falso. No vale, pues, la pena.

A lo que se va impulsado por fuerzas íntimas, se va alegremente. Constituye un placer.

Que estos actos puedan dejar tras sí un gran beneficio para la humanidad, es cosa aparte. Analizándoles no había en el ánimo del autor tan elevada esperanza. Si la hubiera tenido y hablado de ella, ya no habría tanta espontaneidad en su acción, ya habría entrado en ella un poco el histrionismo, es decir, la frivolidad, la falsedad. Y aunque el acto hubiera sido en sí el mismo y hubiera dado los mismos resultados, en ello no intervendría para nada la voluntad del frívolo. No es éste, en todo caso, nada más que un instrumento.

Cuando oímos decir a alguien: "esto que hago es un sacrificio", ya no nos fiamos de él nunca más. En cualquier caso, no merece nuestra confianza. Si en verdad se sacrifica, es que no estaba en su naturaleza obrar de aquel modo. Si es que miente y oculta el placer que recibe con sus hechos para que se le agradezcan, es frívolo, es mendaz, es persona poco grata e indigna de amistad sincera y profunda, propicia al diálogo en el que se ponen, al desnudo, todas las cualidades de nuestro temperamento.

Se oye con demasiada frecuencia esa cantinela del sacrificio. Es decir, los hombres mienten con una continuidad espantosa. "Yo, que he sacrificado a mi familia. Yo, que he sacrificado mis intereses. Yo que lo he sacrificado todo", se escucha a cada paso. "¡Mentira!", hay que gritarles con ímpetu. Ninguna fuerza humana os habría hecho ir a tales sacrificios. Si es verdad que habéis ido a ellos, ha sido impulsados por propia voluntad, por algo íntimo que os decía que allí había oculto un placer para vuestro temperamento, para vuestra sensibilidad, hasta para vuestra carne. Si hoy proclamáis vuestro sacrificio, es porque el placer no respondió a vuestras esperanzas, porque fué efímero y no duradero, porque pasó fugaz y no tuvo perennidad. Mentís al hablar así, perpetráis una insinceridad, caéis en evidente prueba de frivolidad. No es, no, disculpable vuestra frivolidad. No tiene disculpa posible. Aunque vuestro supuesto sacrificio hubiese producido bienes incontables, éstos serían admirables, pero no así vosotros, porque vuestra frivolidad demuestra que no había de vuestra parte pasión alguna en ello. Indiferentemente habéis dado lugar a bienes como podíais haberlo dado a males. Una máquina también produce telas preciosas. Un descuido de quien la maneja puede dar lugar a una catástrofe. No es nada más que un instrumento. Vosotros también lo sois, de vuestro instinto. Este es el que os maneja. Si de ese acto a que fuísteis empujados por él, queréis que la humanidad os deba perenne agradecimiento, no hay desinterés en vuestra acción, no hay, por lo tanto, sacrificio. Sólo hay, en verdad, frivolidad. No, esto no tiene disculpa.

Los hombres que saben que todos sus actos obedecen a la busca del placer para su sensibilidad, para su temperamento, para su mente, son los verdaderamente desinteresados y, claro, nunca hablan de sacrificio. ¿Para qué ensuciar con palabras vanas la pureza de sus actos?

En general, estos actos producen también, tanto cuanto más señeros son, grandes bienes para la colectividad, de la cual aquellos hombres no han pretendido salirse con gestos altivos y de sacrificados, lo cual, además de estúpido, habría sido frívolo que es la peor estupidez.

Se apasionan, trabajan, vibran de entusiasmo, razonan sin entregarse por entero a la razón, a cuya frialdad oponen el calor de sus ideales creadores, nerviosamente se adentran en todas las cosas oscuras que les rodean, buscando una luz que les guíe, y cada paso que dan en estos laberintos es un goce, un placer infinito. ¿Cómo se han de acordar estos hombres preocupados y atareados, en momentos tan gozosos de la palabra sacrificio? ¿Dónde está el sacrificio? Aunque entonces llegara la muerte, que les estuviera acechando, no habría sacrificio. Iban a su encuentro, no por imprevisto menos cierto, con una sonrisa gozosa en los labios. El gesto, la palabra frívola en aquellos instantes, la frase mendaz que hubiese hablado de sacrificio, habría sido el derrumbamiento de toda la verdad y toda la sinceridad que hubiese habido en sus obras hasta aquel momento.

El sacrificado es el que va a la fuerza a cualquier parte. El que emprende un camino por propia voluntad no se sacrifica: goza.

Los hombres, los grupos, las colectividades que quieran adquirir un rango de seriedad para hoy y para el futuro, deben desterrar de su lenguaje esa falsa palabra ayuna de significado. La seriedad de esta índole no evita la alegría. Nada más falso que creer que la frivolidad es alegre; es estúpida y nada más.

Rechazar a quien siempre habla de sacrificios es tarea urgente. La verdad aconseja que se haga. No tiene disculpa que se siga admitiendo una falsedad tan manifiesta y tan evidente.

"¿Te has sacrificado? Claro está, pues, que no sentías lo que hacías; que no habías puesto en ello pasión ni entusiasmo ni razón. Claro está que eres frívolo. Claro está que tu incapacidad para el diálogo con el hombre desinteresado que no se sacrifica, sino que obra porque así le place, corre parejas con tu frivolidad, que es también nulidad."

GARCILAN.

De "Revista Nueva", de Barcelona.

La Ley y su Contenido

Hoy he asistido a una escena de crueldad que me ha encolerizado: un hombre, molesto porque un gato mayaba incesantemente, cogió al animal y le arrojó con violencia desde la azotea a la calle.

Al caer, lanzó la pobre bestia un alarido horrible y echó a correr, yendo a refugiarse en el quicio de una casa vecina. Allí siguió mayando, más lastimeramente ahora, como consecuencia del golpe sufrido, y hasta allí le persiguió su verdugo, quien, a pedradas, le hizo desalojar el puesto.

Sin poder contenerme, reproché duramente su acción al hombre aquel. Me contestó de mala manera; repliquéle y quizá habríamos pasado a mayores sin la intervención de un policía, que se acercó al ver agrupada alguna gente.

Inquirió el vigilante los motivos de la disputa; y al saber por el testimonio de algunos de los reunidos, los pormenores del caso, se dispuso a hacer valer su autoridad, tomando las generales al irascible gatófobo. Este se calmó como por encanto y, disculpándose servilmente tomó tal actitud de súplica, que todos intervinimos, yo el primero, para que fuese perdonado.

Se marchó el policía; el individuo del hecho se metió apresuradamente en su casa... y yo seguí mi camino.

Como el individuo de este incidente, hay muchos por el mundo: llevan en sí todos los instintos antisociales y brutales, y dan rienda suelta a ellos a la menor ocasión; si no los exteriorizan más a menudo, débese a que temen el castigo de la ley. He aquí que la ley, sirve o parece servir para algo bueno, y he aquí que la ley a veces suele poseer un contenido de justicia y humanidad.

Sin embargo, nosotros somos enemigos de la ley; nosotros negamos la eficacia trascendental de la ley, y tenemos la convicción de que una sociedad libre, será una sociedad sin leyes.

Precisa distinguir, para comprender nuestro pensamiento, entre las leyes y el contenido de las leyes; indudablemente, existen algunas leyes (muchas), que tienen un contenido de moral, de justicia... Ninguna persona razonable, puede oponerse a ese contenido, y nosotros, enemigos de las formas legales, somos los primeros en acatarlos.

En el mismo caso que he citado más arriba, ¿quién no ha de estar conforme en que es criminal maltratar a los animales? Ese es el contenido bueno de la ley contra la crueldad para con los animales; pero el principio que encuentra ahí sanción legal, no ha sido creado por la ley, sino por el concepto de bondad que ha logrado ganar a gran parte de los humanos; y su quebrantamiento, aún cuando no trajera aparejado castigo legal alguno, encontraría muchos impugnadores. Es cierto que en la mayor parte de los casos, los amigos de los animales (y sigamos con este ejemplo), no serían capaces de evitar abusos que contra ellos pudieran cometerse ni tampoco imponer castigo alguno al atropellador; pero, aparte de que lo importante no es el castigo, sino la corrección y esta sería más efectiva por la mayor propaganda que de sus opiniones harán los partidarios del buen trato para los seres irracionales al no contar sino con sus propias fuerzas, hoy existen infinitos ejemplos de lenidad para con los contraventores de toda clase de leyes, sirviendo éstas, cuando hay de por medio influencias o dinero más que para castigar, para amparar y dar valor a lo que rechaza la conciencia de todos.

Además, las trasgresiones que pudieran cometerse, no irrogarían a la sociedad el daño que el Estado le irroga.

Y ahí reside la razón más fuerte de nuestro a-legalismo.

———

Aun suponiendo abolidas todas las leyes dictadas a beneficio del privilegio y vigentes solamente aquellas que poseen un alto contenido moral, su existencia determinaría **forzosamente**, la creación de organismos represivos destinados a ponerlas en vigor y a garantizar su observancia (policía, jueces, cárceles, etc.), y el daño que esos organismos habían de producir, sería siempre inmensamente superior al bien que pudieran reportar.

Además: por una necesidad de la propia vida, esos organismos irían acrecentando su poder, extendiendo su radio de acción y más tarde o más temprano, llegarían a controlar las actividades todas, a dominar completamente a la sociedad.

———

Pongamos un símil para terminar y para que se comprenda mejor nuestra posición: supongamos la existencia de una región asolada por una epidemia y cuyos habitantes se defienden con medios escasos. Un día llegan a dicha región unos cuantos médicos, ofreciéndose a combatir el mal y comprometiéndose a disminuirla; pero a cambio de sus servicios, exigen el gobierno absoluto de la región, la entrega en sus manos de vidas y haciendas, hasta el derecho de inocular a los individuos otros gérmenes igualmente malignos... ¿Sería posible que tal proposición fuera aceptada?

Seguramente, los habitantes de la región infectada, preferirían continuar la lucha con sus pobres medios, soportando los males de la epidemia, antes que hacerse esclavos de males mayores y de un carácter eterno.

Esto hacemos nosotros: a los enormes males que produce la Ley, con todo su mecanismo de aplicación, preferimos los males menores que puedan producirse por la ausencia de la Ley.

ALONE.

(o)

La artimaña, la habilidad, la zancadilla y la añagaza, las hemos considerado desde tiempos pretéritos, como floraciones únicas y exclusivas del campo de la política de encrucijada.

Ya hoy, podemos asegurar los anarquistas, que también son susceptibles de producirse y desarrollarse, con vigor inusitado, en medios sedicentes progresivos, radicales y antipolíticos.

(o)

La Asamblea del 29

Como se había anunciado, se celebró en su oportunidad, la asamblea convocada por la F. N. de G. Anarquistas, para tratar de organizar la protesta contra el fascismo, aprovechando la oportunidad de hallarse en el puerto de la Habana el barco "Italia", que viene haciendo propaganda de una manera encubierta, por aquellos procedimientos monstruosos puestos en práctica por el cínico Mussolini.

Asistieron a la misma representaciones de la Agrupación Comunista, la Agrupación Socialista, la Universidad Popular, la Federación Anti-clerical, la Confederación de Estudiantes de Cuba y los sindicatos obreros de dulceros, sastres, industria fabril, federación gastronómica, Havana Electric y Panaderos.

Una vez abierta la sesión, dentro del mayor entusiasmo, se explicó por un compañero el objeto de la reunión. Al propósito de organizar la protesta todos se adhirieron, pero en vista de que la Federación Obrera de la Habana, lejos de concurrir a sumarse a la protesta conjunta, pensaba hacer las cosas por su cuenta, todos los presentes, por unanimidad, acordaron sumarse a los actos de la Federación Obrera, por entender que celebrándose las protestas separadamente, podría irse a un fracaso.

Se acordó publicar un manifiesto explicando la actitud de la Asamblea, en contra del fascismo y adhiriéndose a todos los actos que organizara la Federación Obrera Local.

FACETAS

III

En el trabajo anterior tratamos de demostrar cómo el individuo debe vivir sin gobierno y por lo tanto, sin la presión de las autoridades. En este continuaremos, para agregar algunas razones y así dejar terminado el problema de la arbitrariedad de la existencia de gobiernos y autoridades, para en sucesivas Facetas tratar otros de no menor importancia.

Para el niño que nace en las poblaciones, la vida, con relación a gobierno y autoridad, es muy diferente al niño que vive en el campo. En la población, a cada momento, el niño está sintiendo el influjo del gobierno y las autoridades y el del campo, sólo a intervalos. El padre de la ciudad acostumbra al hijo a "temer" a los policías y el niño llega a "temerles", pero no a "quererlos". Y así, siguiendo el curso de la vida, se llega a adulto, "temiendo", pero no "queriendo", a las autoridades, representadas en su grado ínfimo en el policía, primer representante de la ley que pesa sobre las determinaciones del niño. En el campo no abundan tantos los agentes del gobierno y por eso se nota una gran diferencia entre unos niños y otros en cuanto a sus apreciaciones con respecto al gobierno y las autoridades.

Nadie ignora tampoco, que en los colegios laicos y religiosos, no se enseña al niño a "querer", sino a "temer" y que todas sus iniciativas naturales, todos sus impulsos propios de la niñez, son reprimidos con rigor, al mismo tiempo que se les amonesta en nombre del principio de autoridad de que hace uso el profesor, equivocando su misión educadora, que convierte en "gubernativa", en el ambiente de los que comienzan a vivir. El maestro los prepara para que vivan gobernados. Después de los padres, es el que más influencia ejerce en la mente de los niños y en sus determinaciones. De la escuela laica o religiosa al cuartel, hay poca diferencia.

Un niño formado en estas escuelas, moral e intelectualmente, trasladado al cuartel no notará ninguna diferencia; le parecerá estar en un mismo ambiente. A estos niños cuando llegan a adultos, se les habla de vivir sin gobierno y autoridad y creen loco a quien tal cosa diga. Observad a cuantos dicen que es imposible vivir sin gobierno y autoridad y veréis que en ellos se manifiesta su pasado y por ellos hablan los profesores que tuvieron; son hechuras del ambiente que respiraron.

Al más decidido defensor de las autoridades y el gobierno y por consecuencia de las leyes, se le hace duro tener que obedecer cuando le arrebatan a un hijo para la guerra, en nombre del gobierno que acatan, lo mismo que cuando le hacen algún embargo, lo desahucian de alguna vivienda, lo encarcelan, expulsan, etc. En esos momentos, da la razón a los que aseguran la posibilidad de vivir sin trabas.

Los gobiernos se desenvuelven por las leyes que hacen los legisladores, leyes que tienen que acatar los ciudadanos. ¿Y los ciudadanos o individuos conocen todas las leyes de sus países? ¡No! Se conocen los que imponen las leyes, policías, jueces etc., pero ni el individuo más ignorante, ni el magistrado más estudioso, conocen o tienen siempre presente, todas las leyes del país, y sin embargo viven y ocupan sus puestos. Conozco un maestro que para conocer las leyes, dice que se hizo abogado, y si eso ocurre a un maestro, huelgan los comentarios. ¿Y quién ignora que la mayoría de los gobernantes tampoco conocen las leyes que están llamados a aplicar? Si esto ocurre, ¿quién puede asegurar que hagan falta las leyes, cuando se vive ignorándolas? Y al no necesitarse las leyes, ¿qué falta hace el gobierno?

Estando presenciando una exhibición cinematográfica, hace tiempo, vi una película en que se presentaba un pueblo, que había crecido junto a una manufactura.

El pueblo era muy grande y sus moradores aparentaban sentirse muy contentos. El título de la película era el siguiente: "UN PUEBLO QUE VIVE FELIZ SIN GOBIERNO".

Efectivamente, allí no había gobernante alguno, ni siquiera el guardia jurado de las fincas, ni el sereno de las poblaciones.

Ví dicha película, en los Estados Unidos, el país más enamorado del gobierno, que he conocido.

¿Cómo los vecinos de dicho pueblo pueden vivir felices sin gobierno?

Seguramente, porque allí todos trabajan, entonan por medio del trabajo, un himno a la vida y al amor. No tienen en su comunidad parásitos. Esa es la clave de su regocijo.

Suprimid el parásito en la sociedad actual, y veréis lo fácil que es vivir sin gobierno.

Donde todos trabajen, existe la armonía funcional, que regula la vida. Ahí no hace falta ninguna ley, ninguna autoridad, ningún gobierno. Triunfa la vida por sus leyes naturales.

¿Y quién, a excepción del parásito, no desea eso? **Apé.**

(o)

La Federación Nacional de Grupos Anarquistas, al iniciar cualquier acto protestatario de índole general, y decimos así, refiriéndonos a motivos en los cuales podemos alternar con toda clase de individuos o entidades de franca raigambre liberal y progresiva, no la guía el deseo baladí y tonto, de conseguir éxitos ni hegemonías, que no conducen a nada práctico, ni elevado.

Cuando la Federación de Grupos desee controlar una manifestación pública de propaganda o de protesta, se conformará con utilizar sus propios elementos y no solicitará la cooperación de ninguna entidad agena a sus ideales, por cuanto deseando obrar en armonía con sus principios libertarios, no ha de imponer a nadie sus particulares puntos de vista, ni encerrar en sus cotos ideológicos, la acción que elementos extraños a ella, pudieran prestar en determinados y concretos momentos de agitación y de lucha.

(o)

Los Anarquistas ante las Organizaciones Obreras

En cuantas reuniones, conferencias o congresos anarquistas se han celebrado en estos últimos tiempos, en las distintas regiones de la Tierra, se ha puesto sobre el tapete, como tema de inaplazable solución, el apasionado y discutido problema de: **Si es útil o nociva, la intervención directa de los anarquistas en las organizaciones de trabajadores.**

No ha habido una sola de estas asambleas libertarias, celebradas en los distintos puntos del planeta, que haya rechazado la actuación de los libertarios en los sindicatos obreros. No obstante, mientras que, en los congresos de Bolonia y Berlín, se tomaban acuerdos contundentes y afirmativos, haciendo inauditos esfuerzos porque sus conclusiones cruzaran rápidamente mares y continentes para conocimiento de los anarquistas de los distintos países, hubo, otras conferencias o congresos, en que, si bien recayó el mismo acuerdo sobre el mismo punto, fueron de una debilidad absoluta los argumentos aportados, ya que la necesidad de que los anarquistas actúen en la organización obrera, no cristalizó más allá de las páginas del acta de la asamblea anarquista: hubo anarquista, que apesar de haber aprobado la **sí actuación**, repudió el volver a su actividad sindical al retorno del congreso.

Y es este un punto de vital importancia para los anarquistas; es algo, que merece ser estudiado muy detenidamente por todos, para que no se repita este doloroso caso, de individuos que no simpatizando con **la sí actuación**, la aprueban para **antes salir del paso.**

No basta decir: **quedan los anarquistas en libertad de actuar;** es conveniente llegar a esta convicción: **sin que los anarquistas abandonen su propaganda en los distintos sectores sociales, deben atender con especialidad la propaganda en las organizaciones obreras.**

Quizás dando rienda suelta a nuestras vehemencias, y abriendo totalmente la válvula de nuestras elucubraciones, llegaremos nosotros a más desastrosas conclusiones que aquellos que aprobaron acuerdos sin saborear la esencia.

Nos parece conocer prácticamente la vida de los sindicatos; la hemos vivido durante estos últimos años, y precisamente en un país en que, el estampido de la cólera burguesa llevaba camino de inundar con sangre proletaria, toda la nación.

Con los obreros, en la vanguardia unas veces, a retaguardia otras, hemos sentido en el estómago, el aguijonazo que produce el hambre; en el mismo corazón de las muchedumbres ignaras, hemos sentido ese extraño hormigueo que se produce en el cuero cabelludo cuando se observa a pocos centímetros de la cabeza, el frío sudario de la muerte.

Nuestra conciencia está tranquila respecto a nuestra actuación entre nuestros compañeros de explotación, ¡sin embargo!... ¡Cuántas veces hemos oído a los desheredados mascullar en forma de silbido y lanzarnos al rostro estos dolorosos anatemas: "¡Traidor! ¡Vividor! ¡Nos has vendido!"

Estas solas manifestaciones fulminadas por los hombres con quien uno se hermana, serían bastante para no volver a ser parte activa en los sindicatos.

Pero, analicemos: ¿Acaso nosotros hemos nacido siendo anarquistas, o por serlo somos absolutamente perfectos?

Cuando nosotros, sin ser anarquistas, éramos miembros pasivos en los sindicatos, ¿estamos seguros de no haber fomentado la vileza y el escarnio, respecto a compañeros cuyo único delito consistía en tener civismo para enfrentarse con los patronos y los poderes públicos?

Pues bien: tengamos en cuenta que, el obrero, cuando hiere y ultraja, siendo quizás, instrumento directo del patrono, obedece a su estado de inconsciencia. Cuando este hombre despierte, habrá cambiado, y quizás llegue a ser un anarquista.

Calvo CORTES.

(Continuará).

(o)

Administración

Balance del No. 3 de ¡TIERRA!

Ingresos:

Superávit del No. 2: 48.64; A. Martínez Pereira, 0.40; deNuevitas, Amado Rocas, 1.00 y José Rodríguez, 0.50; B. Espasa, 0.50; G. 'Germinal', 3.00; Amadeo Pérez, 0.50; Francisco Puig, por "N. Luz", 2.00 Martínez, 0.20; Domingo Mir, 5.00; G. "Adelante", 2.50; Francisco Rodríguez, 0.50; de Cienfuegos, R. Martínez, 2.50; de San Germán, J. Just, 1.00; Laureano, 0.20; un dulcero, 0.20; de Cienfuegos, J. Montalvo, 2.00; G. "Los Viejos", 1.00 (éste debió aparecer en el número anterior, pues eran 2 y no 1, como apareció). S. Casielles, 0.50; vta. de folletos, 0.25; vta. de TIERRA, 40; E. Gutiérrez, 0.40; Duarte, 0.20; José Martí, 0.60; Luis Barcia, de Tampa, 3.00; Pancho, 0.40; P. G., 0.40; ventas: 1.10; Benito Expósito, 0.20. Total: $79.09.

Egresos: Impresión del No. 3, 48.00; Depósito en correos, 6.32; viajes y sellos, 1.70. Total, $56.02.

Resumen:

Ingresos totales: $79.09.

Egresos: $56.02.

Superávit para el número cuatro: $23.07.

Colecta de J. Tallón, de Nuevitas: M. Miranda, 0.40; V. Coya, 0.40; S. Arvelo, 0.40; J. Francisco, 0.40; J. Orjales, 050; M. Pérez, 0.20; J. R. Rodríguez, 0.40; L. Mata, 0.40; J. M. Sanmartín, 0.30; F. B. Ramón, 0.30; J. G. Hernández, 0.30; F. Acevedo, 0.20; un compañero, 0.50. Total: $4.70: $3.70 para ¡TIERRA! y $1.00 para "Nueva Luz".

Imprenta Presidente Zayas 26.